



### EL DISEÑO

El día 22 del próximo mes de abril se va a inaugurar la Feria Mundial de Nueva York, a la que España concurre con un Pabellón con el que es justificado esperar un gran éxito para nuestro país. España hace con esta presencia un esfuerzo verdaderamente considerable y es conveniente que todos los españoles procuremos sacar el máximo beneficio de esta coyuntura, que se presenta única.

España, en estos veinticinco años, ha conseguido dar un paso ciertamente importante en el campo de la producción industrial. De hacerse antes muy pocas cosas por nuestra industria hemos pasado a que se hagan todas o casi todas.

Pero no podemos quedar ahí. ¿Dónde es ahí? Pues ahí es producir mucho, pero producir con patentes o modelos o diseños extranjeros.

Si no somos capaces de superar esta fase en que ahora estamos de copiar los productos de los demás, no tenemos nada que hacer y el porvenir que nos espera a los españoles es el de los simples braceros de que habló hace años José Antonio Girón. Porque la lucha comercial, terrible, en la que el mundo está metido, lucha que va a aniquilar a los pueblos que no estén preparados, se basa en ofrecer unas mercancías que sean

de excelente calidad,  
de bajo precio  
de diseño original.

En nuestro Pabellón de la Feria de Nueva York se van a presentar nuestros productos en un marco realmente excepcional y con una propaganda de gran tono. Es, como decíamos antes, una ocasión única. Pero estos productos, para alcanzar un mercado duradero, tienen que distinguirse de lo que los extranjeros ofrecen, precisamente por su diseño original.

En los países más adelantados, como de todos es sabido, se da una enorme importancia al Diseño Industrial, y en ellos no existen apenas empresas, desde la de automóviles hasta la

fábrica de bebidas gaseosas, que se propongan lanzar un producto al mercado sin conseguir previamente el concurso de un diseñador que o bien trabaje por su cuenta o que sea empleado de la misma casa.

Si lo que llevemos a Nueva York en plan "españolista" son unas copias o remedos o tristes caricaturas de lo que hicieron nuestros antepasados, aunque otra cosa pueda parecer motivado por unos facilones y limitadísimos éxitos, el fracaso será tremendo y la ocasión que se nos presenta en esta Feria y que no se volverá a repetir, se habrá malogrado dolorosamente.

Hay que diseñar, hay que convencer a nuestros industriales que sin una oficina de Diseño no les marcharán las cosas, no entrarán en esa competencia a la que el mundo entero está entregado con todas sus energías.

El industrial debe comprender que no hay nada más oneroso que cicatear en los gastos de los proyectos. El coste para establecer una cadena de producción es tan elevado, que es menester a toda costa evitar un error que, al repercutir en la serie completa, amenazaría con arruinar la empresa. No puede aceptarse ninguna omisión, ninguna falsa maniobra. Ahora bien: el estudio completo de un objeto no puede descuidar la forma de ese objeto. Hay una especie de indecencia en dibujar mal un aparato estudiado minuciosa y aun amorosamente en todas sus disposiciones. Todo elemento de fealdad es signo de desorden, de impropiedad y de inconveniencia. De suerte que, de una manera general, debe estar bien presentado el producto lanzado en gran cantidad al mercado por una empresa seria. Y, recíprocamente, no se concibe que un fabricante recurra a un diseñador de talento y sacrifique tiempo y dinero para perfeccionar la forma de un aparato cuyo funcionamiento defectuoso ofrece el riesgo de reunir después un concierto de reclamaciones de la clientela. El público se siente inclinado a asociar íntimamente las cualidades funcionales y formales de los productos que se le ofrecen. La buena presentación aparece como la garantía del buen funcionamiento, como una estampilla de calidad. Y hay algo satisfactorio y reconfortante para el espíritu al comprobar que la fabricación en serie, gracias a la precisión de las máquinas que aquélla emplea y estimulada por las necesidades comerciales, tiende a hacer desaparecer el objeto impropio, con lo cual la CANTIDAD se convierte en factor determinante de CALIDAD. Es innegable que LA ESTÉTICA VALORIZA EL PRODUCTO, y esta verdad, que debe penetrar en el espíritu de nuestros industriales, ganará mucho con expandirse ampliamente si queremos disponer de un triunfo más para la exportación. Hay que aprestarse a esta lucha comercial en la que, queramos o no, el mundo todo está metido. Hay que disponer de las mejores armas, y una de las principales, y que a nosotros nos falta, casi completamente, es la del Diseño.

Se podrá, si en ello se pone un cuidado exquisito, hacer muy bien las cosas y que nuestras mercancías resulten muy baratas, o al menos, bastante baratas. Pero si el país no dispone de un equipo de diseñadores serio, competente y eficaz, no podrá ofrecer productos competitivos en el mercado mundial.

La realidad, la tranquilizadora realidad española, es que España es país capaz de contar con este equipo de diseñadores. Buen ejemplo de ello nos lo da Barcelona, la ciudad que va a la cabeza en esta materia con un plantel de arquitectos, escultores, pintores, dibujantes que han demostrado una extraordinaria capacidad para estas tareas del Diseño.

Estos trabajos, tan urgentes, y en los que apenas tenemos otra cosa que aisladas iniciativas particulares, requieren la ayuda estatal. Para ello sería a todas luces necesaria la creación del Instituto Español de Diseño, cuya sede debería estar en Barcelona, y en el cual se irían formando los nuevos creadores de Diseños que, sirviendo a nuestra industria, contribuyeran a su puesta a punto y a su completo desarrollo.

El gran esfuerzo que el Estado español ha hecho con la concurrencia a la Feria de Nueva York bien merece que se continúe con la creación de este Instituto de Diseño, del que es prudente esperar unos óptimos beneficios.

*Carlos de Miguel.*